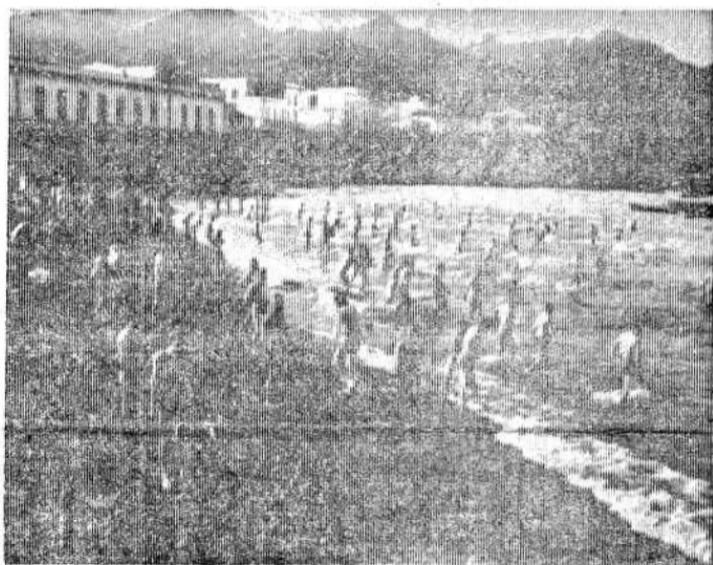


PEQUEÑA CRÓNICA DE SANTACRUZ

Por Juan Antonio
Padrón Albornoz

A LA VERA DEL MAR INQUIETO



La ya desaparecida playa de Ruiz que, al abrigo del muelle Sur, fue la que primero sirvió de expansión a la población de Santa Cruz en el rigor del verano. (Reproducción fotográfica, Juan Hernández).

Santa Cruz viejo que se refleja en sus viejas, desaparecidas playas.

Santa Cruz de ayer que se refleja en su mar, mar de siempre, tranquila y domesticada al abrigo del muelle Sur.

Parte de este viejo Santa Cruz—ido para siempre—es actual, vivo, y ahí están los edificios que fueron y, casi al final, sobre "la muralla", los almacenes, geométricos y tocados de tejas canarias, de la Compañía Escandinava que, entonces frente al mar, hoy ecatan su estampa de ayer tras los edificios que forman el "waterfront" espléndido de la ciudad toda.

Mar pintada de pequeñas embarcaciones, chinchorros y dos proas valientes, se adivina cerca de las negras, panzudas gabarras, que se presienten con aquella su carga del negro galés de antaño, aquel negro Cardiff de mucha fuerza y poco humo.

Una playa de ayer.

Una de las playas que fueron y ya no son.

Una de las muchas cuyos nombres, aún bien recordados, están en el sentir y pensar de todos. Y también en el añorar y soñar, en ese soñar que es volver a vivir.

Ruiz, La Peñita, Los Melones. Playas todas de ayer. Playas que Santa Cruz cedió con ese su proverbial desprendimiento, al puerto, que para la Isla toda crecía y crecía a sus orillas.

Sin embargo, junto a la enorme explanada del muelle de Ribera aún se adivina la situación de la última playa santacrucera acogida al brazo protector del muelle Sur. Desaparecidas las otras, ésta, la menor, parecía resistirse a dejar de ser y entrar en el pasado.

La desaparecida playa de Los Melones evoca el ayer en el Santa Cruz de hoy, de siempre.

Y también lo hace la de Ruiz en la vieja fotografía que encabeza estas líneas. Resulta difícil imaginar que allí se alzasen, en otro tiempo, las cuadernas que, cubriéndose de maderamen nuevo y oloroso, iban tomando lentamente la forma—clásica y fina—de las goletas tenerfeñas de antaño.

Eran tiempos aquellos en los que las olas abrían y cerraban su acompasado y rítmico batir sobre la playa abierta a la mar libre. Frente a ella mecían sus estampas marineras de altos palos y esbeltos masteleros los veleros de nombres sonoros—"Nivaria", "Bella Palmera", "Ninfa de los Mares", "Teide", etc.—todos los cuales aún conservaban en sus calas el perfume intenso del Caribe ardiente y huracanado.

En la playa pequeña, a la sombra casi del fuerte de San Pedro—el que llegó a nuestros días convertido en cuartel de Ingenieros, los negros costillares, naves en potencia, se erguían bajo la capa sonora de martilleos, runrún de sierras y quejidos de madera herida que envolvía todo el primitivo pero eficiente astillero.

Más allá, en Los Melones, también la brea marinera y el oscuro chapote competían en aroma con el perfume silvestre—el eco de las flores según Gómez de la Serna—que de las laderas del Lomo de la Cruz y Ventoso bajaba. La montaña, ocre y seca, no se adornaba aún con el verde vivo esmeralda, que hoy la cubre y enriquece.

A la vera del mar inquieto, la playa fue cuna de nombres famosos que, en adornados espejos de popa, lucieron sobre el Tenerife que, orgulloso, proclamaba estirpe y matrícula.

Pero aquellos nombres se han perdido y reviven sólo en las amarillentas páginas de la prensa de entonces, que nos dice de aquel su constante ir y venir. Bajo lonas tensas y repletas de viento y luz, el tajar mordia el océano, sumaba singladuras y barajaba toda la sonora geografía antillana—Manzanillo, Júcaro, Matanzas, Batabanó, Isabela de Sagua, Tuna de Zaza, etc.—, en la que, con La Habana espléndida, se graduaron de capitanes los marinos isleños.

De esta grada de Los Melones procedía la aún famosa y bien recordada fragata "Victoria", de tres palos, cuya botadura constituyó un sonado acontecimiento, no sólo marinero, sino también social en aquel Santa Cruz de entonces.

La playa, aplacerada, sirvió para que en ella limpiasen fondos o reparasen aquellas fragatas balleneras que, desde New Bedford y Long Island, recalaban para suministrar, hacer la aguada y partir luego rumbo al Pacífico lejano.

Siguiendo el ejemplo de estos veleros, allá en las postrimerías de la década del 90, el entonces cañonero de apostadero "Infanta Eulalia"—previo desembarque de sus calderas en el muelle Sur—fue remolcado a Los Melones en pleamar. Apuntalado con recios maderos, limpió y pintó fondos el minúsculo cañonero de sólo 215 toneladas, altos palos y delgada chimenea en caída, que parecía desafiar a la poderosa Almeida con la negra boca de su solitario Hontoria de 120 milímetros y la Maxim automática de la toldilla.

También a fines del pasado siglo el pequeño muelle car-

chimenea en caída, que parecía desafiar a la poderosa Almeida con la negra boca de su solitario Hontoria de 120 milímetros y la Maxim automática de la toldilla.

También a fines del pasado siglo el pequeño muelle carbonero dividió la playa y, poco después, comenzaron las obras en el varadero que allí construyó la Elder y que, aún, resiste al paso del Tiempo.

Quedó, además, la playa separada de la vía costera a San Andrés por los almacenes que para el carbón allí se edificaron. Y que como el varadero, aún lucen aquella su simple y útil arquitectura, cargada de años y recuerdos del puerto que fue.

Pasaron décadas.

Creció el puerto.

Pero permaneció inalterable la estampa de las playas que, al resguardo del muelle Sur, se acogían y recataban.

La segunda guerra mundial trajo a Santa Cruz mercantes de las naciones beligerantes que buscaban refugio en su paz. Imposibilitados de llegar a sus aguas patrias, fondeados a la gira en la dársena exterior, pasaron meses y meses. Luego comenzó a disminuir su número, según intentaban la difícil aventura de forzar el bloqueo aliado. Los restantes pasaron al abrigo de los muelles y, con cadenas y cables de acero, se les amarró a la costa cercana.

Uno, concretamente el "Teresa Schiaffino"—en lastre y luciendo las enormes, herrumbrosas palas de la hélice—dio sus amarras al noray, enorme y seguro, que era la playa de Los Melones. A ella confió, durante años, la seguridad de su casco vacío y a merced de las rachas de viento que los barrancos de Almeida y la Leña mandaban al mar cercano.

Luego vino el relleno necesario para lograr esta hoy espléndida realidad del muelle de Ribera y, poco a poco, las playas—pequeñas playas de Santa Cruz—dejaron de ser bajo informes montones de escombros. Ruiz, La Peñita, San Antonio y Los Melones son simples nombres, recuerdos de la ciudad que, en viejas fotos, salen de cuando en cuando a la luz para recordarnos lo que fue, para demostrarnos, de manera casi palpable la transformación, profunda, que ha experimentado Santa Cruz, este nuestro viejo y querido Santa Cruz que, con rapidez, recupera el tiempo perdido.